

Sentido de justicia - Leire Torres 1

Jorge Tinguaro Tejera Alvarado



Capítulo 1

Ahí está, otra vez el peso de la culpabilidad. El volcán interno que está a punto de explotar en su pecho por culpa de la insoportable ansiedad y la improvisada dexedrina.

«Dónde coño habré metido el puto frasco de nieve», piensa.

Normalmente siempre guarda un alijo de reserva. Pero ya nada es normal y hasta el vicio se ha vuelto insuficiente para pelear con los nuevos demonios internos que golpean su vida como un martillo pilón.

«Esa hija de puta —se dice—. Se dejó comprar, lo sé».

La idea no abandona su cabeza y tampoco hace mucho por sacarla de ahí. Al principio apareció como una locura que creía transitoria. Nunca había tenido ese sentido de la justicia y jamás pensó que la tendría, pero la ira le recorre como un Formula 1 por cada molécula de su menudo cuerpo. El techo sobre su cama lleva semanas —parecen meses en su opinión— convertido en una pizarra imaginaria donde perpetra un plan que no se decide a realizar.

Solo una chispa, una jodida patada en el estómago que provoque el inicio de la tempestad sobre ese cerdo. Lleva todo este tiempo pensando que eso es lo que necesita para que su sistema nervioso haga clic y se decida a poner en marcha lo que la corrupta justicia ha dejado pasar; como Odessa dejó pasar a los nazis a América.

Y surge, no de la manera que había imaginado, pero surge. No esperaba que pasara de manera tan natural, incluso se decepciona un poco. Siente esa patada imaginaria en el estómago, ese clic tan temido y a la vez esperado. Se toma solo unos segundos que le permiten respirar hondo dos veces y dar ese último pequeño empujón que el efecto placebo de la dexedrina.

«¡Joder! No se me puede volver a pasar lo de la coca», apunta como nota mental.

Se reincorpora y posa ambos pies fuera de la cama.

—Es hora de ponerle alas a los cerdos —dice para sí en voz alta.

La inspectora Leire Torres se levanta de la cama. Se enfunda unos vaqueros y se calza las Nike que utiliza en sus clases de boxeo; prefiere estar cómoda para lo que viene. Abre el armario, perfectamente ordenado, saca una chaqueta blazer azul y activa la combinación de la caja fuerte situada en la parte baja. Saca la Glock 9mm no reglamentaria

y, aunque sabe que está cargada, comprueba la munición. Luego, antes de cerrar, coge un silenciador situado en la parte inferior. Respira hondo y se dirige al baño, se lava la cara con agua casi congelada y se mira fijamente al espejo, como intentando buscar a alguien diferente en el reflejo. De repente sale del trance, coge un estuche de maquillaje y, aunque lo odia, se retoca un poco para pasar desapercibida. Intuye que a donde le tocará dirigirse, le hará falta.

«Hay que joderse», piensa.

Intimidación no es, precisamente, lo que el físico de la inspectora Leire Torres puede producir. Ese factor siempre la ha beneficiado. Desde que estaba en la academia hasta cuando consiguió ser inspectora como primera de su promoción. Su 1.70 y sus 63 kilos, contrastan con su otra parte, la que no se ve venir. Impresiona con un carácter duro como el pedernal, es directa y fuerte como un jab de George Foreman y cuenta con una inteligencia sorprendente y apabullante, como si hubieras sido arrasado a una batalla de gallos. Como cuando su nuevo compañero se presentó a su superior en los primeros años de patrulla.

—Será una gran experiencia tener como compañera a una chica, señor —dijo sin haberla conocido.

—Así que, por lo visto, todavía no has hablado con nadie de esta comisaria —contestó el superior—. Bueno, mejor que creas que te estoy haciendo un favor. Y en realidad te lo estoy haciendo, aunque mañana te cagues en mis muertos. Si eres listo, absorbe lo positivo y no tengas en cuenta lo demás.

El agente tardó tres semanas en pedir el cambio de compañero. Ese es el efecto que produce Leire Torres a quien no puede seguirle el ritmo. Su ascenso produjo alivio en buena parte del cuerpo. Para ella todo ese runrún a su alrededor jamás existió; su objetivo era convertirse en inspectora y no estaba ahí para hacer amigos. Una vez conseguido, sabía que tampoco caería bien en su nuevo puesto. Pero no le importaba, sabía que la necesitaban. Iba a ser la mejor y la más entregada a su trabajo.

El pasillo de su piso le sirve como improvisado sendero de meditación mientras espera la hora exacta para hacer la llamada. Por un momento piensa llamar ya, pero solo faltan tres minutos y los cortos paseos le están sirviendo para calmarse. Mientras, ojea el orden de cada habitación, algo que siempre le ha producido una extraña paz. Se cumplen los ansiados y eternos tres minutos, dan las diez de la noche y rápidamente cruza el pasillo, entra en su habitación y coge el móvil de la mesa de noche. Da un último suspiro para ganar confianza y marca de memoria un número que no está en su agenda. Contestan antes de lo esperado.

—¡Inspectora! —exclama una voz masculina y serena—. Le mentiría si dijera que esta no es una inesperada y agradable sorpresa. ¿Debo suponer que ha habido una conclusión en su debate interno?

—Necesito una dirección, ahora —contesta sin rodeos.

—Bueno, lo tomaré como un sí. A decir verdad creía que se había arrepentido. Me alegra saber que esta asociación se...

—¡Yo no soy su puta socia! —le interrumpe—. Y quiero que sepa una cosa, tengo más remordimiento por tratar con bazofia como usted que por hacer lo que estoy a punto de hacer. Así que escupa la jodida dirección y omita cualquier otra mierda condescendiente que se le ocurra.

—La entiendo, inspectora. —Carraspea y da un corto suspiro—. De verdad que sí. Esto no ha tenido que resultar fácil para usted debido a su pasado. Debe de ser duro combatir contra esos demonios de su cabeza.

—¡Vaya! No sabía que también era un *coaching* de segunda división. ¿O es la reencarnación del puto Sigmund Freud? ¿Va a psicoanalizarme?

—Está bien, como quiera. Pero recuerde bien dos cosas, inspectora Torres. —Su tono se torna severo y sombrío—. La primera, es que tenemos un trato, lo que nos convierte en socios le guste o no; así que está ligada a esta bazofia para desgracia de su manida superioridad moral. Y la segunda y más importante, soy la única persona que conoce lo que está tramando. —A Leire Torres se le hiel el corazón por un momento—. No olvide quién tiene la mano ganadora en esta partida. Está a mi merced, le conviene tenerlo presente antes decir o hacer algo que la pueda perjudicar muy seria y gravemente.

El impacto la sacude y sobrecoge. No le preocupaba tanto lo que había decidido hacer. Es el hecho de no tener el control, el no manejar las consecuencias, lo que la lleva alterando en los últimos tiempos. Tarde para darse cuenta.

—Pero no sufra, inspectora Torres —continúa la voz—, hoy es su día de suerte. No tendrá que caminar mucho. Hotel Palacio de los duques, habitación 203 y con compañía. Avisaré a mi hombre; estará esperando en el vestíbulo en 15 minutos. Buena suerte, inspectora, hará justicia... Supongo.

Y cuelga.

Otea desde su ventana la templada noche madrileña buscando reponer la bofetada de realidad que acaba de recibir. Jamás le ha gustado autocompadecerse y la mata no poder frenar ese sentimiento que cruza su cabeza por una milésima de segundo. Nunca había estado tan cegada

como para no darse cuenta de las diferentes variables que puede ocasionar un conflicto. Es la mejor en eso, o al menos lo era. Se pregunta si habrá perdido facultades, su olfato, si lo que la lleva atormentando un tiempo la ha sumido en una mediocridad que siempre ha detestado. Garante de la autoexigencia y enemiga de los autovotos de confianza, empieza a creer que la odisea mental que sufre ha destrozado las virtudes que, para ella, se habían convertido en mantra.

Fue hace cinco años cuando, a las clases de boxeo cuatro veces por semana, añadió la afición de la cocaína. La sigue viendo así, una afición.

—Leire, esa no es la palabra para definir tu vínculo con esa mierda. Hay otra muy parecida que le pega más y deberías valorarlo —le soltó Ruth, su mejor y única amiga, hace ya un buen tiempo.

Mientras camina por la calle San Bernardo hacia Gran Vía se le pasa por la cabeza ir a pillar algo que le dé un plus. No hay tiempo, este asunto no pasará de esta noche. Le ha costado tanto dar el paso que ningún detalle la apartará del objetivo.

Madrid, aunque sea martes por la noche, es una ciudad con vida. Tiene frío, pero no por el tiempo, sino la culata de la Glock que le roza la espalda. Llega a la esquina con Gran Vía y, al cruzar, coincide con una marabunta que proviene de la salida de la última sesión de El rey león. Recuerda por un momento cuando Ruth la invitó.

—Me quedo con la peli. Te habrás dado cuenta de que Simba era mexicano. —Fue lo primero que le soltó según terminó la actuación.

Ver gente la tranquiliza, de repente respira mejor. Sigue caminando por la calle San Bernardo una vez sobrepasada Gran Vía; enfila la Plaza de Santo Domingo y la tensión se dispara; sabe que está cerca. Baja Cuesta de Santo Domingo y por fin divisa la bonita entrada del hotel. Hay un bar con terraza justo enfrente y se desvía para sentarse en una de las mesas. Pide una tónica y saca el móvil para mirar la hora. El lugar no está muy concurrido, solo hay ocupadas dos mesas más. El camarero acompaña la tónica con unos cacahuetes que le vienen genial para seguir calmando un poco la ansiedad. Desde la terraza ve la recepción. Ahoga para sí un gesto de triunfo al cerciorarse de que la podrá divisar sin dificultad. Solo falta un paso para actuar; desbloquea el móvil y, tras mirar a su alrededor, llama al hotel:

—¡Hola! Vaya que voz tan agradable, buenas noches a usted también —responde al recepcionista—. Verá, mañana llego a la ciudad y necesitaría una habitación, si es posible.

—Por supuesto, señora.

—Señorita, por favor —le interrumpe Leire divertida—. Es importante que quede claro cuando hay una voz joven y masculina al otro lado.

«La nueva Meryl Streep», piensa.

Pausa incomoda de vergüenza.

—Lo siento prosigue Leire—, igual he sido algo atrevida. La verdad es que unos compañeros de la directiva de mi empresa me han recomendado mucho el hotel y, en concreto, la habitación 203. Según ellos es la mejor. Si la tuviera para mañana sería fantástico.

—Por supuesto, se lo miro enseguida seño... Señorita. —Silencio de varios segundos—. Lamentablemente, esa habitación está ocupada. Pero puedo ofrecerle otra.

—¡No puedo creer que Juan Carlos esté ahí! —le corta de repente—. Es fantástico, así podré darle una sorpresa. Me había dicho que estaría en la ciudad y seguro que será el quien esté ocupando la habitación. Bueno, quizá ahí lo conozcan como el señor Tapia. Y a lo mejor otra vez estoy siendo demasiado atrevida si le pido que confirme la presencia de mi amigo para darle una sorpresa. —Suelta una leve carcajada sugerente—.

—La verdad es que no se me permite darle esa información, lo siento mucho. Permítame sugerirle una habitación cercana.

—Lo entiendo perfectamente y eso demuestra que eres un gran profesional. —Última bala—. Aun así, es una lástima que la habitación este ocupada y que no sepa si es mi amigo quien la ocupa... —Suspiro lento de decepción—. ¿Podría calmar mi disgusto dejando un mensaje para el señor Tapia?

—Sí, claro, sin ningún problema, usted dirá... —se interrumpe a sí mismo consciente de su error.

¡Pillado! Leire cuelga, deja cinco euros en la mesa y cruza la calle.

El plan A quedó descartado cuando su informador le dijo que había compañía, pero Leire tiene alternativas. Entra en el hotel y pasa por el vestíbulo hasta los ascensores. Da un rápido vistazo a la recepción y se percata de dos cosas: La primera, que el recepcionista de guardia es mono, cosa que no la sorprende, suele asociar voz y cara de manera acertada. La segunda la tranquiliza y la inquieta a partes iguales; distingue al hombre de su informante sentado en uno de los sillones al otro lado del vestíbulo. Delgado, con un traje caro y unas gafas de pasta con aire ejecutivo pasa desapercibido mientras escribe en un pequeño

portátil. Leire no lo había visto en su vida; no es el Señor Lobo de *Pulp Fiction* que había imaginado, pero solo una simple y penetrante mirada sirve para dejar claro que ya está cubierta.

Entra en el ascensor y sube a la segunda planta. Por instinto saca del bolsillo el pequeño silenciador y se lo coloca al arma antes de volver a sentir el frío, y ahora también la incomodidad, de tenerla pegada a los riñones. Sale del ascensor, examina la planta con un ligero vistazo a ambos lados antes de salir. La numeración le indica que su objetivo está a la derecha. Enfila el pasillo con paso tranquilo; no hay nadie, pero advierte cámaras a ambos lados del pasillo.

«El señor lobo con miopía va a tener trabajo», piensa.

A partir de la habitación 210 se le vuelve a acelerar el pulso; e intenta calmarlo con respiración profunda y paso más templado. Llega a la 205 y consigue bajar pulsaciones, o eso cree. En los dos metros que le faltan, le empiezan a inundar los pensamientos como una epifanía de pesadilla. Cuatro cadáveres de chicas inocentes sobre la camilla de la morgue, cuatro familias a las que destrozó la vida con una noticia, una investigación con las mayores y más rastreras trabas, un acusado con pruebas aplastantes que se va de rositas, una justicia que se hace la sorda y muda para salvaguardar el estatus de los poderosos; un recuerdo más lejano que la sigue destrozando y que siempre lo hará.

Habitación 203, suenan dos toques en la puerta.

—Buenas noches, gerencia del hotel.

—Buenas, no hemos pedido nada —dice una voz femenina al otro lado.

—Sí, así es. Estamos obsequiando a todos nuestros huéspedes con una cobertura especial esta noche. Si me permite, le dejaré el dulce detalle para que sigan disfrutando de su estancia.

Se abre la puerta; al otro lado hay una mujer joven y atractiva. Evidencia un leve estado de embriaguez y dibuja media sonrisa cuando mira a Leire.

—¿Quién es? —pregunta una voz masculina desde lo que Leire cree que es el baño.

—Es el no sé qué del hotel para traer un regalo —dice la chica mientras se gira hacia la voz.

Leire no necesita más que esos dos segundos; aprovecha para sacar el arma y, con un golpe seco y certero en la parte trasera del cuello, hacerla perder el conocimiento. Entra ágil en la habitación, cierra la puerta, echa

el pestillo y pega el cuerpo de la chica a la misma antes de amarrarle las manos a la espalda con unas bridas de plástico que saca del bolsillo de la blazer.

Suena el agua de la ducha, lo que confirma que la voz vino del baño; se congratula por un momento de su suerte. Aprovecha para echar una ojeada; la habitación no es grande. Un pequeño salón hace de recibidor y a la derecha se entra en la estancia donde se encuentra la cama junto a un pequeño sofá de piel en el que Leire se sienta posando el arma en su muslo. Al otro lado, el baño.

Se para el agua de la ducha y se oye un carraspeo seguido de una pregunta:

—Patri, ¿qué han traído?, ¿es algo de postre? —Silencio por respuesta—.

¿Estás sorda, joder? ¿Patri!

Sale del baño en calzoncillos, barriga prominente, pelo frondoso y unos cincuenta y pico años mal llevados. La sorpresa lo deja rígido y frío, tarda unos diez segundos en intentar articular una palabra a la mujer que lo apunta sentada desde el sofá, al otro lado de la cama. Pero esta se le adelanta.

—Si gritas, corres o cualquier otra gilipollez que se te ocurra, maldito cerdo hijo de puta, adelantaré tu muerte añadiéndole sufrimiento —afirma Leire sólida.

—¿Qué es todo esto? ¿Cómo ha entrado aquí?

—Cierra la puta boca y siéntate en la cama —le ordena mientras se levanta.

La chica por la que aún no has preguntado está bien. No sé si te alegrará saber que ella no va a morir. Cosa que dudo que le importe a una mierda como tú.

—No sé quién te habrá enviado —contesta con las palmas de las manos hacía Leire—, pero yo puedo pagarte más.

—¿Pagarme? —pregunta ella y luego suelta una carcajada—. No. Esto no se va a arreglar con dinero, hoy no. Por una vez alguien va a ser justo contigo. Esta noche va a morir, señor Tapia. Pero antes...

—¡Ya me acuerdo de ti! — e interrumpe exaltado—. Eres la inspectora que llevó mi caso. ¿Estás loca? Crees que vas a hacer esto y todo va a...

—Como iba diciendo —le interrumpe ella elevando la voz—, antes de quitarle su mísera vida va a confesar lo que hizo. Se pondrá en paz, si se puede llamar así, con quién crea conveniente.

—Sabía que eras una puta entrometida que había que controlar —contesta con media sonrisa—. Pero también sé que no tienes lo que hay que tener para esto.

—Me alegra que lo crea, eso me facilita las cosas. Y ahora quiero que me confiese a mí y solo a mí lo que hizo a esas cuatro chicas. Dirá cada uno de sus nombres antes de mandarlo al puto infierno.

—¿Y tú me vas a obligar? ¿No prefieres que te extienda un cheque cuantioso y dejo que me la chupes? Te prometo que a ti te irá mejor que a ellas.

—Está bien —contesta Leire sonriendo—. Eliges por las malas, otra decisión que me facilita las cosas.

Coge una almohada de la cama, le tapa la cara con ella y, con un movimiento brusco lo pone boca arriba. El grito ahogado suena devastador cuando le vuela la rodilla derecha. Leire sigue apretando la almohada hasta que deja de gritar. Luego, al quitársela, solo ve lagrimas mezcladas con mocos y un semblante de terror que indica que se ha convencido de que esto va en serio.

—La confesión y los nombres, ya —le advierte—. De ti depende que tu muerte sea rápida o hueso a hueso. Tengo toda la maldita noche.

—Vale, vale —responde él sin parar de llorar—. ¿No hay ninguna manera con la que podamos arreglarlo?

—¡NO! —responde mientras le pone el arma en la otra rodilla—. Un tiro rápido en la cabeza o una noche de sufrimiento. Dame una alegría y elige lo segundo. Estás sentenciado de todas formas.

Tapia se reincorpora, se mira los muslos y, entre sollozos, confiesa que lo hizo. Balbucea que es una enfermedad, que no podía evitarlo y que, dada su posición, culparon a alguien ya muerto para enterrar el tema. Vuelve a llorar de manera desconsolada como un niño pequeño frente a una jeringuilla e implora con desesperación por su vida.

—Ellas también imploraron —le corta Leire—, pero lo que encontraron fue violación y muerte. ¿No es así? Ahora lo único que quiero oírte son sus nombres; si sale otra cosa de tu boca te vuelvo la otra rodilla y dejo que te desangres. Te aseguro que no quieres morir así.

»Yo fui una de esas chicas. Viví ese infierno mucho tiempo y la justicia, la misma podrida justicia que absuelve mierda como tú, me dio la espalda. —Da un largo suspiro—. No tenía que justificar nada antes de hacer esto, pero quiero que te vayas al otro barrio sabiendo que, al final, merecías acabar así y que he sido yo quien te lo ha hecho pagar.

»¡A la mierda! —exclama Leire levantándose—. Seré yo quien diga sus nombres, no merecen estar en tu sucia boca.

—No, no, no, por favor —jadea él desesperado.

—Nuria Belmonte, Carla Legazpi, Laura Cepeda.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Por favor, lo siento! ¡Por favor! —Se deja caer al suelo implorando con las manos.

Antes de acabar el último nombre, la inspectora Leire Torres saca su móvil, abre la mensajería y escribe un escueto mensaje a un número desconocido.

—Hecho, puedes actuar —dice y luego lo envía.

Guarda el móvil en el bolsillo y se vuelve a girar hacia el hombre que, entre sollozos, siga rogándole por su vida. No se lo cree, pero por una milésima de segundo siente lástima por él. Pero solo dura eso, una ínfima milésima de segundo. Apunta.

—Eva Ruiz.

Y dispara.

Despierta empapada. Su madre, al oír los gritos mientras soñaba, comenzó a dar golpes en la puerta. Estos parecían los latidos de su corazón martilleándole el pecho.

—¡Hija! ¿Estás bien? —le grita su madre al otro lado de la puerta.

—Estoy bien, mamá —contesta—. Bajo ahora.

Hace un minuto estaba en Madrid haciendo justicia y ahora está en casa de su madre, en su pueblo natal, Ruilobuca, en Cantabria; asimilando que es la tercera vez que tiene este sueño. Aceptando, junto al fresco de la mañana, que lo que empezó siendo una pesadilla se ha está convirtiendo en un sueño plácido que, ni los fuertes golpes a la puerta por parte de su madre pueden alterar. Es momento de pensar, de relajarse y reconectar. Lo que hizo estuvo bien, cada vez está más convencida.

